

CARTAS REFERENTES A SANTA ANNA

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE MEXICO

San Antonio Béjar, Mayo 11 de 1866.

Conociendo a Ud. y sus elevados sentimientos, el Sr. General Ortega me encarga le escriba a Ud. para que represente su persona de esa ciudad para fuera de México.

El General, unido a los Sres. Huerta, Negrete, Patoni, Berriozábal y otros patriotas, aparecerán en la República con excelentes elementos para comunicar la actividad debida a las operaciones, y para que tengan a la vez una representación neta y legal nuestros principios.

Después del golpe de Estado pensaba permanecer en la oscuridad más absoluta; pero la alianza de Santa-Anna con Juárez me ha sacado de mi propósito, y puesto en contacto con el Sr. Ortega.

Creo que los propósitos de éste son combatir sin detenerse en cuestiones de mando, ni mucho menos hacer armas contra los nuestros que luchan aún cuando invoquen el nombre de Juárez. Así pues, cabe en los acrisolados sentimientos patrióticos de Ud. la representación del Sr. Ortega, a quien puede dirigirse sin otra formalidad, o por mi medio.

Como la fuerza americana que está a nuestras órdenes no ha podido proveerse de lo que necesitaba, se ha demorado hasta hoy el Sr. Ortega; pero tengo fe en que se recuperará el tiempo perdido.

Comience Ud., pues, sus trabajos; escriba según lo que diga a Ud. N....., a quien doy otro encargo, y de él infórmese sobre el modo de dirigirme sus letras.

De Ud. como siempre.

GUILLERMO PRIETO.

Al Sr. D. Juan Mateos.

"El Diario del Imperio".

Viernes 20 de Julio de 1866.

Pág. 73.

San Antonio Béjar, Junio 4 de 1866.

Chiquitín muy querido:

Rendido estoy de escribir sin tener respuesta de Uds.; pero la mía es una hidropesía que se agrava con lo mismo que debería aparentemente mejorarla.

La falta de acuerdo con Uds. está produciendo graves males, entre otros preparando en el desenlace de los sucesos dificultades que no deberían existir con sólo la voluntad de Uds. para allanarlas.

Según veo los papeles, según sondeo el espíritu público, según presiento por los ecos debilísimos que llegan hasta aquí, Uds. no sólo han justificado el atentado de Juárez, sino que lo presentan como un acto heroico, como el sacrificio de la popularidad y el peligro del honor mismo por salvar su país. Es Quinto Curcio lanzándose al abismo por salvar Roma. Uds. ven la cuestión de personas; ponen en paralelo la tradición de gloria de Juárez con las derrotas y las puerilidades de Ortega; ceden a la costumbre de ensalzar al héroe y de condenar a Ortega; pero esta no es la cuestión: la cuestión está entre la arbitrariedad y la ley, entre el derecho y la usurpación.

Una vez Juárez fuera del camino legal, trastrabilla y se ase de sus cómplices, no de los intereses de la nación: tiene que adular a más bien que pensar en nuestro pueblo.

La aparición de Santa-Anna en la escena, como aliado de Juárez, debe ser para Uds. muy significativa.

Santa-Anna quiso al Imperio y se declaró por él, compitió con.... en **bastardía** y traición, y lo hallaron inmundo Saligny y el Imperio.

Esa conciencia vendible, esos restos de crápula que quiere aprovechar el mercado diplomático, ¿sabe Ud. cómo son? Pues.... engañado tal vez, ha servido tal vez de **trait d'union**, y Santa-Anna será el instrumento juarista para contentar a los franceses y a los traidores.

Nosotros habíamos sospechado una pelotera semejante: el regreso del Gobierno a Chihuahua lo demostró así. Los que la víspera habían sido imperialistas, dieron convites a Juárez; y los solos extrañamientos que hubo, y los únicos que guardamos mala posición, fuimos los que veníamos con él desde el confín del país, fieles a nuestra bandera.

La sumisión al atentado de Juárez, el acuerdo vil con la política tenebrosa y pérfida de Lerdo, y la diatriba y la injuria contra González Ortega, esto es, contra la ley y contra la expresión neta de nuestro partido, nos preparan desgracias sobre desgracias. Es el extravío en toda su terrible fecundidad de desgracias futuras.

Si Uds. hubieren rodeado y rodearen a Ortega; si él encontrase eco entre aquellos hombres que nos hemos dado por consigna: "Progreso en los días de prueba", la situación caería de lleno en manos de los hombres de la Reforma cuyo servidor fidelísimo he sido.

En N. York la burocracia es la sola que representa al país, según la ruín percepción de Romero: en los campos se lucha, y con justicia abandonan por ahora la discusión; pero entre Uds. debía elaborarse la opinión, debían pre-

pararse con los grandes elementos de reivindicación, los materiales de un porvenir que asegurara con los triunfos de los principios eternos del adelanto social la felicidad de la patria.

Espero que Ud. reuna a sus amigos, que escriba a los amigos de fuera y me conteste.

Suyo afectísimo,

GUILLERMO PRIETO.

Escríbame con cualquier nombre.—Sólo en un extremo de la carta esto: B. 167.

"El Diario del Imperio".
Sábado 28 de Julio de 1866.
Pág. 94.

San Antonio Béjar, Mayo 6 de 1866.

Chiquitín muy querido:

Imposible me parece no recibir carta de Ud. desde que tengo certeza que ha recibido a mi enviado, que tenía el único objeto cerca de Ud. de decirle que me escribiese.

A su viejo de Ud. le he escrito mucho también, y no lo puedo creer, **melárchico** y acobardado como tantos otros, por el envenenamiento de la ambición de Juárez.

Muchos me dicen que sus decretos de 8 de Noviembre próximo pasado, han sido perfectamente recibidos; y no me espanta, porque las circunstancias son tales, que todo es creíble, y porque es imposible que Uds. juzguen con conocimiento de causa.

Primero, porque juzgan al héroe derrotado en el Borrego, &c., &c., en contraposición del héroe ensalzado por todos nosotros.

En segundo lugar, porque se imaginan decidir entre el que desertó del campo de la gloria para enfangarse en la prostitución y en el ridículo en N. York y el varón firme de Horacio que expone hasta su gloria misma, hasta su honor y su conciencia por salvar la patria.

En tercer lugar, porque creen que los jefes liberales todos siguen sin discrepancia a Juárez, y con justicia temen un cambio cualquiera.

Cuarta, porque juzgan que la política de Juárez, aun teniendo la arbitrariedad por norma y a Lerdo por intérprete, nos ha de traer bienes; y en todo se equivocan, como lo va Ud. a ver:

1º Nosotros no somos hombres de personas, y en el paralelo entre Juárez y Ortega, resultarían cosas tales, que perderían los dos: exagerando las cosas, se podría decir: el uno es un loco, el otro un muerto: busquemos siquiera los lúcidos intervalos del uno, porque a los muertos es una obra de misericordia darles sepultura.

Ortega no ha desertado del campo, como no desertó Doblado, ni Berriozábal, ni Alvarez, ni Peña Barragán, ni nadie. Ortega fué con consentimiento del Gobierno al extranjero; consentimiento y licencia sin taxativas, y Ortega no entró a la República, aunque volvió a tiempo, porque no quiso entrar a que le fusilasen por la espalda como a traidor.

En cuanto a los jefes liberales que tienen fuerza, nadie recibe sino una que otra bula de indulgencias cada año; pero aun en lo dicho hay mucho que atender.

Canales, que es la fuerza más respetable de esta frontera, sigue a Ortega y lo proclama voz en cuello.

Lo mismo Aureliano.

Lo propio Plázido Vega, y Huerta, y Patoni, y Quetsada y Negrete y Tapia, y Gómez, y otros muchos, no exceptuándose ni aun Cortina que, rompiendo con el más profundo desprecio el título que le envió Juárez, se sometió a Garza que no es juarista, ni puede serlo, estando declarado traidor por Juárez.

Ud. ve que así introducida la discordia, proclamando así el escándalo en los Estados-Unidos, y en el mundo, en grande descrédito en la opinión, etc., etc., justicia y mucha tuvimos los que apoyados en la ley, reprobamos el atentado de Juárez.

En cuanto a la política del Rector de San Ildefonso, ha estribado en estos dos puntos: odio a los liberales, transacción absoluta con los traidores.

A todos los hombres de la Reforma los desprecia u odia: sus bellos ideales son.... Tan suspicaz como ignorante, tan hábil por su talento como vanidoso e impotente, tiene odios y rencores casi clericales, a la vez que ni cree en nada ni siente afecto alguno por nadie: este es el ayo de Juárez, y del que le ha hecho el vacío a su alrededor, es de quien van a depender nuestros destinos.

Yo no quiero en manera alguna que se exalte a Ortega, ni que se distraigan con un motín o con dos gobiernos los ojos de la campaña; con todo lo expuesto es necesario apoyar a todos los que luchan, y unirnos a ellos con todas nuestras fuerzas y ensalzarlos, retractándonos de nuestros errores si nos equivocamos en nuestros juicios.

Pero así como digo esto, los hombres como Ud., en reserva como aquí lo hacemos, debemos estar al tanto de la verdad de las cosas y formar núcleo inteligente, progresista y sin jesuitas, porque nos perdemos.

En cuanto a Ortega, su afán es ir a luchar y desmentir con sus hechos las calumnias. Yo, bien sea porque pueda enviar mi familia, bien porque dé garantías algún lugar cercano, mi anhelo es seguir sirviendo como pueda, sea con Naranjo o con Canales, o con cualquiera, sin cuidarme de los presidentes, pensando sólo en la guerra a muerte a franceses y traidores.

Adiós Chipilín, escriba Ud. a su,

GUILLERMO PRIETO.

Ud. dirija sus cartas a algún amigo de Orleans, encargándole que les dé segunda dirección para este punto, rotulándomela directamente.

"El Diario del Imperio".

Martes 7 de Agosto de 1866.

Pag. 120.

EL GENERAL SANTA ANNA

Tomamos de **La Sociedad** de hoy lo siguiente:

"Acerca de la correspondencia del General Santa-Anna enviada por el presidente de los Estados-Unidos al Congreso, dice la **Crónica** de Nueva York:

"Toma precedencia en la colección la carta que el General dirigió al presidente desde San Thomas, en 12 de Diciembre de 1865, en la cual le manifiesta haber comisionado, en 12 de Octubre, al Sr. D. Lisandro Lormada, para que

pusiera en mano del citado presidente una comunicación, autorizada con la firma del General, exponiendo sus miras respecto a México, y solicitando algún auxilio que le pudiera servir de base a la obra de arrancar a su patria del yugo que la oprime. Termina la carta con las siguientes palabras: "Hablo a V. E. en nombre del desgraciado México, empeñando solemnemente su honor nacional en el cumplimiento de los compromisos que se contraigan con motivo del auxilio con que me favorezca el Gobierno de V. E. El Sr. Mazuera explicará confidencialmente a V. E. la clase de auxilio que solicito: Cuanto con V. E. convenga al tenor de esta comunicación y de las instrucciones que he puesto en sus manos, será reconocido y aprobado por mí en nombre de la República mexicana".

"En carta posterior fechada en San Thomas en el mes de Diciembre último, da cuenta el presidente de haber comisionado al Coronel Mazuera, con más altos poderes, para que entregue en manos de dicho presidente un documento expresando la resolución que ha tomado de librar a México del yugo extranjero. Concluye diciendo: "Bajo el amparo del Todopoderoso y con el auxilio que le presten los Estados-Unidos, me lisonjeo que muy en breve el estandarte de la República tremolará sobre todas las ciudades y aldeas de mi amada patria, la cual no olvidará jamás, en el día del triunfo, lo que deba a su gloriosa hermana, devolviéndola con usura los favores que le haya dispensado".

"Sigue otra carta del General Santa-Anna a Mr. Seward, fechada a 21 de Mayo de 1866 en Elizabethport. Da cuenta de su llegada, que llama cumplimiento de uno de sus más constantes deseos, y expresa la satisfacción que le cabe al llenar ese primer deber de presentar, en su carácter de ciudadano de México, el homenaje de su profundo respeto al Gobierno de esta nación grande y venturosa, y de ofrecer la expresión de sus particulares simpatías hacia la persona de Mr. Seward, y por intermedio

de éste al presidente de la República. Dice que ha comisionado a sus amigos los Sres. D. Abraham Baiz y Coronel Darío Mazuera para que sean portadores de la carta, en la cual expresa en los términos siguientes el objeto de su venida a los Estados-Unidos: "El objeto de mi venida es el de colocarme en situación de desempeñar mis deberes como General mexicano, luchando contra el extranjero y despótico Gobierno que hoy día impera en la capital de mi patria, para colocar en su lugar el Gobierno republicano constitucional, ofreciendo al efecto mis servicios y poniéndome a las órdenes del eminente patriota Sr. Juárez, que en la actualidad se halla a la cabeza del expresado gobierno republicano".

"Vienen luego los demás documentos en el siguiente orden:

"El Sr. Mazuera a Mr. Frederick W. Seward.—Washington, 26 de Mayo de 1866.—Muy señor mío.—Ayer tarde entregamos a Mr. Chew la carta del General Santa-Anna a Mr. Seward, y como hoy hemos estado ausentes del hotel, ignoramos si aquel señor vino a decirnos cuándo pensaba presentarla. Si no hay inconveniente, le agradeceremos nos diga cuál ha sido la resolución de su señor padre.—Su seguro servidor, etc.—Darío Mazuera.

"Al Sr. D. Frederick Seward.

"(Nota particular).—El secretario reserva su parecer respecto a la comunicación del General Santa-Anna, agradeciendo la atención personal de éste. Tal vez transcurrido algún tiempo, Mr. Seward se ocupe del asunto.

"Hice presente lo que antecede, de palabra, al Coronel Mazuera, el cual me manifestó se hubiera alegrado de ofrecer personalmente sus respetos al Presidente y al Secretario de Estado, de haber sido posible.—R. S. Chew.

"26 de Mayo de 1866.

"El General Santa-Anna a Mr. Seward.

"Nueva York, 26 de Julio de 1866.—A. S. E. el Hon. Wm. H. Seward.—Ruego a V. E. tenga la bondad de recibir al Capitán H. S. Eytinge como enviado especial sobre asuntos de la mayor importancia y de mutuo interés a las dos repúblicas de los Estados-Unidos y de México. El Capitán H. S. Eytinge tiene acreditados plenos poderes para obrar como si yo me hallara presente, y desde luego apruebo todos los tratados hechos por él en mi nombre. Confío en que el honorable Secretario de Estado hallará en las proposiciones de mi enviado causas de grande interés y ventaja para los Estados-Unidos: en la esperanza de que logren favorable acogida, solicito para mi enviado y para las proposiciones que por su conducto hago, una decidida protección. Con sentimientos de mi más distinguida consideración, quedo sinceramente de V. E. en hermandad.—A. L. de Santa-Anna".

"Contestación del Secretario Seward.—Junio 30 de 1866.—Hágase saber al Capitán Eytinge, que el Ejecutivo del Gobierno no sostiene relaciones más que con el representante acreditado de México, en lo que a las internacionales de éste y de los Estados-Unidos afecta.—Wm. H. Seward.

"El general Santa-Anna a Mr. Seward.—Nueva York, 10 de Agosto de 1866.—Excmo. Sr. Wm. H. Seward, Secretario de Estado, &c.—Muy señor mío: La crisis política de México ha llegado a su apogeo, y ya no me es dable permanecer en la inacción, sin contribuir a salvar a mi patria. En tanto que Juárez, Ortega y los jefes de distintos bandos se disputan el poder, mi desdichado país se aniquila: noticias recientes ponen fuera de duda que Maximiliano se prepara a abandonarlo, y en tal caso se verá sumido en una anarquía mucho más terrible aún que la que viene atravesando. Salvar a México de esa suerte que le amenaza y librarle de extranjeras bayonetas, es mi deseo. Sobre todo

anhelo asegurarle paz y proteger a mis conciudadanos, lo mismo que a los extranjeros, a fin de proporcionar a todos ocasión de que puedan elegir al que haya de gobernarles. Cuando V. E. visitó a San Thomas, me alentó en mi empresa: Repito que, habiendo llegado el momento de obrar, lo único que necesito es el apoyo de V. E.

“Con tal objeto, he dado encargo a Mr. J. A. Lake, de esta capital, para que entregue a V. E. esta carta. Mr. Lake es un mediador confidencial, por conducto del cual podré dar a conocer mis miras a V. E.: El facilitará todas las explicaciones necesarias, y tendrá poder y autorización formal para negociar y ajustar todos los negocios relativos al asunto. Al tratarse de los intereses de una república hermana, y cuando ha sonado la hora de dar el golpe decisivo para arrojar de su suelo al invasor extranjero y librarla de la tiránica opresión de la Francia, creo poder contar con el auxilio de V. E. Si consiguiéramos nuestro fin, y, libre otra vez México, mis compatricios me eligieran para ocupar el puesto más elevado entre ellos, mi mayor placer sería el retribuir las bondades de V. E. y mostrar mi gratitud hacia su gobierno, con pródiga mano. Si V. E. desea una entrevista particular conmigo, pronto me hallo a hacer la jornada, guardando, como es natural, la mayor reserva. Tengo la honra de suscribirme de V. E. seguro servidor.—A. L. de Santa-Anna.

“El Secretario Seward al General Santa-Anna.—Departamento de Estado, Washington, 16 de Agosto de 1866. El Secretario de Estado ha tenido la honra de recibir del General Santa-Anna, en otro tiempo Presidente de México, una comunicación en la cual manifiesta que desea visitar a Washington y se complacería en tener noticia de si será recibido como particular por el Secretario de Estado. Por la presente se hace saber a aquel distinguido caballero que, en virtud de haber manifestado el Presidente de México que la actitud de dicho señor es hostil al gobierno de la República Mexicana, con la cual mantiene relaciones el de los

Estados-Unidos, el recibimiento del General en la actualidad y bajo un carácter cualquiera, por el Secretario de Estado, sería incompatible con las prácticas y costumbres observadas por el Departamento Ejecutivo de los Estados-Unidos. —Wm. H. Seward.—Sr. D. Antonio López de Santa-Anna, N. Y.

“Don Antonio López de Santa-Anna (sobrino) al Secretario Seward.—Nueva York, 7 de Noviembre de 1866.—Honorable William H. Seward:—Muy señor mío: Soy sobrino del General mexicano Santa-Anna y, como único pariente a sus inmediaciones, me considero en deber y conciencia obligado a vigilar que no sufra perjuicio de personas malintencionadas. Tengo motivos suficientes para creer que el General no está servido de buena fe y que, por fiarse de instigaciones, pueda perder no sólo su reputación y su fortuna, sino hasta su vida en alguna empresa dudosa. Me veo, pues, en el caso de dirigirme a Ud. suplicándole, no como a Ministro de Estado, sino como a persona dispuesta naturalmente a prestar amparo a sus semejantes, me diga (si puedo hacerlo sin perjudicar los intereses públicos) si los Estados-Unidos se hallan en negociaciones con mi tío el General respecto a México. El General cree, y en esa creencia obra, de que tal tratado existe entre él y el gobierno; pero yo opino que jamás se ha avistado personalmente con ningún agente acreditado de dicho gobierno. Por tanto, ruego a Ud. dé a esta mi respetuosa pregunta una contestación que me permita desengañar a mi tío, salvándole de los peligros a que han de exponerle sus mal aconsejados pasos. Queda con el mayor respeto su seguro servidor.—Antonio López de Santa-Anna. (sobrino)

“P. D.—No siéndome familiar el idioma inglés, he solicitado de un caballero americano esta carta, bajo mi dictado; debiendo añadir que todo escrito dirigido a Mr. Antonio López de Santa-Anna (J) Correos.—Nueva York.—Llegará a mis manos.—Antonio López de Santa-Anna. (sobrino).”

“El Secretario Seward, a D. Antonio López de Santa-Anna (sobrino).—Departamento de Estado.—Washington, 8 de Noviembre de 1866.—Sr. D. Antonio López de Santa-Anna (sobrino).—Nueva York.—Muy señor mío:—Es en mi poder su atenta carta de ayer, manifestando ser Ud. sobrino del general Antonio López de Santa-Anna, en otro tiempo presidente de la República de México, y tener motivos para sospechar que al general no le sirven lealmente y que, movido por dañinas influencias, puede perder, en mal aconsejadas empresas, su reputación, su fortuna y su vida. Sigue Ud. luego preguntándome si este gobierno anda en arreglos con el general respecto a México. En contestación, debo decirle, que este gobierno no ha reconocido otra autoridad mexicana, ni ha seguido correspondencia o hecho tratados, más que con la de su presidente, D. Benito Juárez.—Quedo suyo S. S. **William H. Seward**”.

“El Secretario Seward a Mr. Courtney.—Departamento de Estado.—Washington, 8 de Noviembre de 1866.—A Samuel G. Courtney Esq., procurador de los Estados-Unidos, en el distrito meridional de Nueva York.—Muy señor mío:—Adjunto el original de una carta que me ha sido dirigida por una persona que se firma Antonio López de Santa-Anna (sobrino), y que, cual Ud. verá, pretende ser sobrino del general del mismo nombre. Incluyo también mi contestación para que averigüe Ud. si existe o no la persona por quien está escrita la carta, y en caso afirmativo, ponga mi contestación en Correos. Si no existe tal individuo, agradeceré a Ud. devuelva la carta y la contestación a este Departamento.—Quedo suyo, S. S.—**William H. Seward**”.

“El Secretario Seward al Sr. Santa-Anna.—Departamento de Estado.—Washington, 8 de Diciembre de 1866.—New Brighthton.—Staten Island.—Nueva York.—Muy señor mío:—El Presidente de los Estados-Unidos me previene acuse recibo de la carta de Ud., de 30 de Noviembre último, que Ud. manifiesta ser particular, y no de oficio. Dicha car-

ta de Ud. se refiere a la República de México, y trata de las relaciones entre ella y los Estados-Unidos. Las prácticas establecidas en el gobierno exigen que toda correspondencia del Ejecutivo que hace referencia a negocios extranjeros, se siga, por dicho gobierno, en la forma usual diplomática, con los agentes oficiales reconocidos y responsables, y que se registre y archive para conocimiento y referencia nacional. Es costumbre usual en el gobierno el seguir correspondencia respecto a los asuntos de otra República amiga, exclusivamente con el gobierno de dicha república reconocido por los Estados-Unidos; jamás con personas a quienes dicho gobierno mira como hostiles. En tal concepto, comprenderá Ud. que no es posible continuar la correspondencia iniciada por Ud.—Tengo la honra de suscribirme suyo, S. S. William H. Seward”.

“El Diario del Imperio”.

Viernes 15 de Febrero de 1867.

Págs. 125 y 126.

MEXICO

Bajo este epígrafe publica el Standard de Londres lo siguiente:

“Cualesquiera que fuesen las diferencias sobre asuntos domésticos entre repúblicanos y demócratas, estaban unidos como un sólo hombre para resentirse de la violación de la teoría monroista por parte del Emperador Napoleón. Y al Presidente y a sus consejeros debe concederse el mérito de haber procurado más bien moderar la indignación pública, suscitada por esas circunstancias, que no fomentar de alguna manera el celo nacional contra la intervención europea. Pero al seguir una correspondencia diplomática con un contrario poderoso e inteligente, es necesario, aun para el mismo Mr. Seward, alegar algún pretexto para hacer manifestaciones desagradables. Está muy bien el echar bravatas so-

bre la doctrina Monroe y el Pájaro de la Libertad en las reuniones políticas íntimas al arengar a las turbas de Nueva-York o Cincinnati: pero es preciso esforzar vuestras peticiones con argumentos un poco más espaciosos cuando tratáis con Mr. Drouyn de Lhuys o el Marqués de Moustier. Tenía, pues, Mr. Seward la obligación de defender la causa del liberalismo en México y extenderse sobre los agravios inferidos a sus inocentes e interesantes campeones por la ocupación francesa y el usurpador Maximiliano. Y ahora que positivamente se retiran el Mariscal Bazaine y su ejército, y que el efímero Imperio les parece en un estado de agonía, es cuando los diplomáticos triunfantes tienen el deber de indicar quién es el verdadero representante del liberalismo mexicano y el jefe legítimo de aquella regenerada República.

“Pero aquí es donde se encuentra la dificultad. Sin contar los jefes de guerrilla que hacen la guerra por su cuenta contra toda ley y orden establecido, conforme a la bien admitida costumbre de México, había por lo menos tres pretendientes rivales a la silla vacante de la presidencia, que solicitaban los buenos oficios de Mr. Johnson contra el inexorable Emperador. Hallándose Santa-Anna, Juárez y G. Ortega reunidos en los Estados Unidos, y clamando todos a la vez por su auxilio, Mr. Seward debe haber pensado con frecuencia “cuán feliz sería con cualquiera de ellos si los otros dos fascinadores se alejasen”. Y no puede negarse que ha acertado con bastante prontitud en encontrar un sistema para poner enteramente fuera de combate a dos de los solicitantes. A Santa-Anna lo mandaron a pasear bruscamente; Ortega fué arrojado a un calabozo, y Juárez proclamado en Washington, ya que no en México, Presidente de la restaurada República. Nadie podrá ciertamente regar que Mr. Seward es enérgico en la política extranjera.

“Pero lo peor que tiene la política enérgica en el extranjero, es que en lo general no da el resultado apetecido, si hemos de juzgar al menos de nuestra propia y última ex-

perencia. Sin embargo, habiendo tomado su partido, el Presidente se cree naturalmente obligado a seguir su primer movimiento, y se acredita nominalmente un enviado cerca de Juárez (si bien el Ministro americano no parece haber sido enviado cerca de un gobierno determinado, una vez que cuesta generalmente algún trabajo encontrar a tan distinguido personaje), y juntamente con él, se envía con un carácter misterioso y confidencial al segundo, ya que no primer General americano, al temible Sherman. Parece ser muy dudoso a qué punto debían dirigirse, siendo igualmente cuestionable lo que iban a hacer. Pero la extraña oscuridad con que se encubría cuanto se refería a su misión, probablemente no dejó de agradar a estos dos funcionarios importantes, siquiera hasta el momento de ponerse en camino. Nadie podía afirmar de antemano con alguna seguridad su destino inmediato; nadie ciertamente habría vaticinado que entre todos los puertos del mundo se habían de dirigir precisamente a Veracruz.

“Con dificultad podrá creerse que esperaban encontrarse allí con Juárez. Pero no se les puede culpar de haber preferido detenerse por poco tiempo en uno de los puntos más seguros y civilizados de aquel país perturbado para hacer una averiguación tan difícil, tan peligrosa, y después de todo tan sin provecho. Pues aun suponiendo que hubiesen logrado abrirse camino hasta hallar al Presidente de México, ¿qué era lo que habían de decirle, o él a ellos? ¿Podría cualquier hombre racional (y vemos con gusto que Mr. Campbell y su distinguido compañero han probado serlo) considerar que merecía correr el riesgo de una entrevista digna de esos peligros? Por tanto, creemos estar en nuestro derecho al congratular a los emisarios de Mr. Johnson por su prudencia, como también por los días agradables que pasaron en Veracruz a la sombra del pabellón francés favorecidos, por lo que el General Sherman califica extrañamente de “cortesanía que rayaba en finura”, de sus huéspedes franceses. Preguntaremos de paso: ¿emplean alguna vez los agentes americanos la cortesía que raye en otra cosa distinta?

“Pero por más agradable que haya sido su viaje, nos fundamos en la misma autoridad del General Sherman, si se ha de dar crédito a las últimas noticias, para decir que fué infructuoso. ¿Qué resultado, pues, esperaban que tuviera? ¿Creyó Mr. Seward que las murallas de Veracruz habían de desplomarse ante las palabras diplomáticas de su valiente enviado, como cayeron los muros de Jericó al sonar la trompeta de Josué? ¿Se creyó acaso en Washington que los graves acontecimientos que habría quizá de producir la sola llegada de una legación americana eran tales, que hacían desear la presencia de un comisionado militar extraordinario? Lo ignoramos, pero estas cosas no han pasado, y el General Sherman confiesa haberse engañado. Mr. Seward ha hecho la cuenta sin la huésped. Creyó que el Imperio había muerto y que las aves de rapiña agolpadas en derredor del cadáver, serían reducidas al silencio y a la sujeción tan luego como descubriesen el pico de la grande águila americana. Pero aun no llega el término deseado; y quizá no llegará mientras dure en el Ministerio el actual Secretario de Estado. Es verdad que el Emperador se ve terriblemente acosado, abandonado de sus aliados y agobiado por los cuidados domésticos del país, pero permanece firme en su puesto como un hombre, y no puede saberse todavía lo que es capaz de llevar a cabo un hombre resuelto en México. Habiendo sido casi desde el primer día de su independencia presa de salvajes sedientos de sangre, para quienes el mando no es más que la rapiña, sus desgraciados súbditos no han encontrado en muchos años un hombre digno de ser el verdadero caudillo de su pueblo. Y es preciso que la grandeza moral que se manifiesta en la actitud de Maximiliano, ejerza alguna influencia aun en aquella sociedad abatida. Entretanto, el partido liberal de México necesita, como en todas partes, un período de consolidación. Libre Ortega de su vil prisión en Nueva Orleans ha pasado la frontera y se ha unido a Canales, cogiendo y fusilando a su compañero el liberal Escobedo. El General Díaz, otro jefe republicano muy notable, según dicen se ha pasado con sus fuerzas al Emperador. Por cierto que las esperanzas del

protegido de Mr. Johnson no son muy brillantes que digamos en este momento. Y así como dicen que el Emperador se ha hecho muy popular con la retirada del apoyo extranjero, puede suceder también que la intervención americana dé un resultado contrario a su objeto”.

“El Diario del Imperio”.

Lunes 18 de Febrero de 1867.

Pág. 133.

Por la compilación.

Manuel B. Trens.